



ANTAÑO

Fot Franzen, Madrid.

BEX 545

Nadie mejor que Esteban Cortijo para hablarnos de Mario Roso de Luna, pues nadie lo conoce mejor que él. El texto que sigue está extractado de su libro "Mario Roso de Luna. El poeta de los cielos" (2023). Agradecemos profundamente al autor que nos haya permitido reproducirlo aquí.

Hay que seguir insistiendo en que aunque la figura del extremeño Mario Roso de Luna es más leída, difundida y copiada en ámbitos esotéricos, su más profunda inquietud tiene mucho que ver con una apuesta decidida a favor de la ciencia y de la técnica en el terreno de lo material -asuntos que él conoce y explica-, así como, en el terreno de las ciencias humanas o del espíritu, se abre a postulados y contenidos que han conformado y vivido millones de seres humanos y que han dejado su rastro en los textos sagrados tanto cuando son dogmáticos como cuando no lo son. Junto a la educación literaria y fantástica en una familia con tres mujeres —una de ellas su madre— siendo hijo único de levantino y extremeño, fue instruido muy pronto por su tío Mario en los nombres y en los movimientos de las estrellas. Quiso ser astrónomo sin conseguirlo por negarse a hacer oposiciones, pero fue conocido en toda España como tal por sus descubrimientos y por sus escritos en prensa y en libros empeñado en encontrar el verdadero puesto del hombre en el mundo entre lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

Roso de Luna fue un hombre de la Restauración, nació en 1872, nieto y amigo de liberales, con un currículo envidiable, que con 25 años era doctor en Derecho, había descubierto un cometa, estaba estudiando Ciencias Físico-químicas y, cuando otros lloraban la pérdida de las colonias, él visitaba por segunda vez Europa, daba clases y tocaba la guitarra para ganarse la vida y había merecido unos años antes —él un joven autodidacta nacido en un pueblo cacereño, Logrosán— una medalla de oro por parte de la Academia de inventores de París, y en España, la de Isabel la Católica y la de Carlos III.

En todo caso hay que tener presente que Roso de Luna no elaboró ningún tratado sistemático sobre ciencia ni sobre filosofía, sino que contó sus lecturas, sus observaciones en el caso de la Astronomía, sus conferencias y sus viajes. Siempre guiado por algunas ideas que no abandonó a pesar de los contratiempos que le ocasionaron. Hasta que consigamos que de él se conozca algo más que su bello y astronómico nombre por el público, habrá que dar una nota biográfica mínima acerca de quien con Extremadura en el corazón y en la pluma se vio obligado a trasladarse a Madrid, donde vivió la segunda parte de su vida entregado los primeros años al trabajo de periodista, a sus propias investigaciones y a sus libros y conferencias. «Yo de mí sé decir que toda pena honda, todo afecto místico y toda música elevada de la que me hace pensar y sentir a un tiempo, me transporta con la fantasía a mi retiro querido de las Villuercas y sus abruptos valles del Ruedas y el Almonte, a muchísima altura sobre sus castaños y cuevas trogloditas».

SEMBLANZA DE ROSO DE LUNA

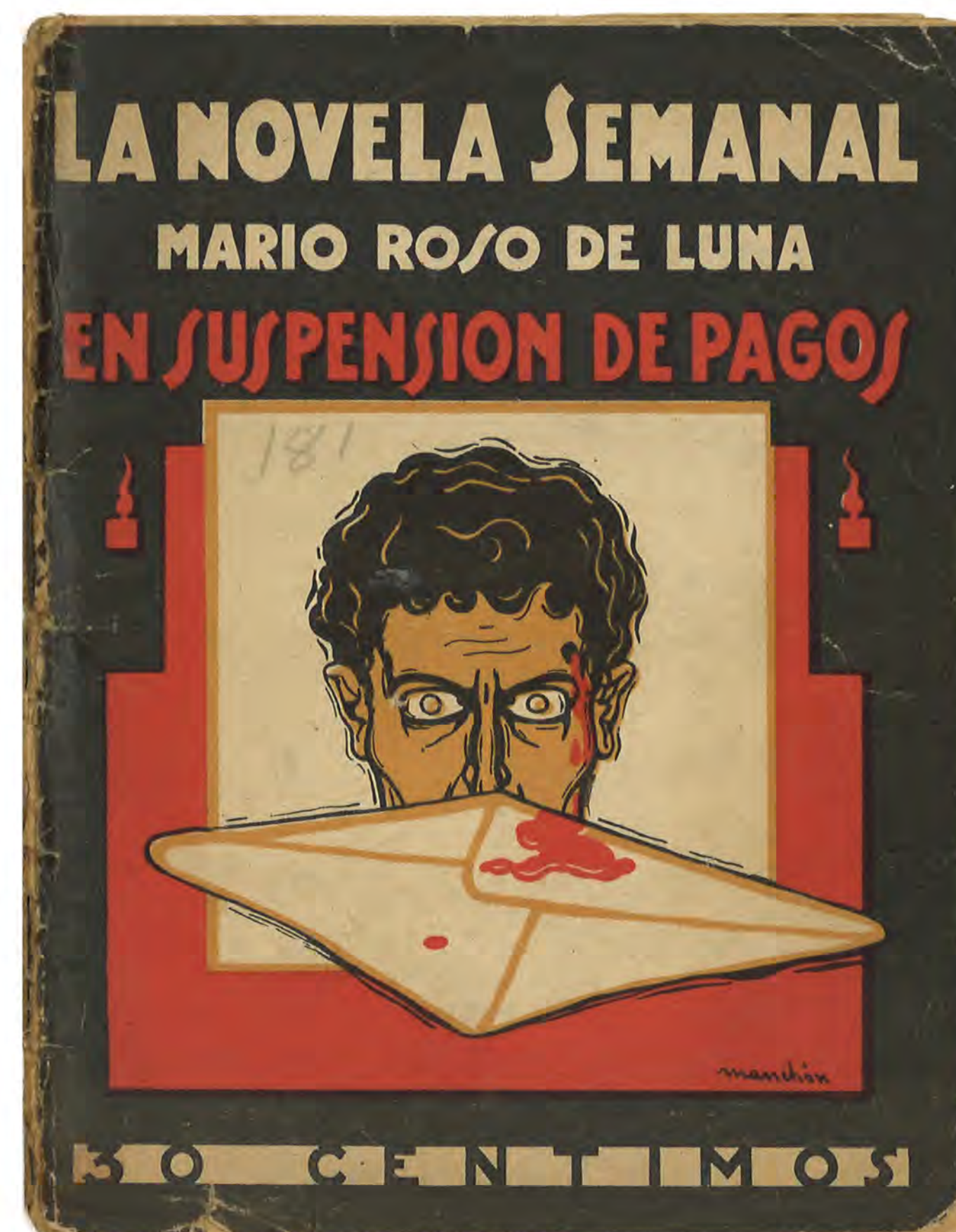
Mario Roso de Luna nació en 1872 en los Idus de marzo, o sea, el día 15 de ese mes, en Logrosán (Cáceres), propenso, pues, a una vida complicada pero hermosa y destinado a no morir de viejo. Su padre, José Roso y Bober, era un ingeniero de Vinaroz (Castellón) que había venido a trabajar en los ferrocarriles de Extremadura y, más tarde, en las minas de fosforita de Logrosán. Su madre, Jacinta, hija del político y economista liberal Julián de Luna, era natural de Cabeza del Buey (Badajoz). Será ella quien se va a ocupar de la educación de su único hijo, a quien de niño ya le gustaba observar el cielo, llenaba su cuarto de grillos y otros animales y recibió el nombre de «Príncipe» en sus exámenes de bachillerato en la capital de provincia. Había estado en la escuela pública seis años, desde los cuatro, aunque para él siempre fueron más importantes las lecturas y comentarios que le hacían en su entorno familiar de obras clásicas de la literatura universal.

A partir de 1884 el joven Roso va a estudiar de forma autodidacta en su propia casa hasta pasar los exámenes reglamentarios. A los quince años escribió: «adquirí la primera concepción del cosmos». Muy pronto se va a preocupar de cuestiones profundamente religiosas intentando solucionar los conflictos entre las ciencias, las religiones y las filosofías, acercándose paulatinamente a la tradición cristiana en su línea gnóstica y ecléctica. Tenía 20 años cuando le invadió una crisis existencialista que definió como «La sensación de cuanto no es; la impresión de la nada y el vacío».

Tres años antes una meningitis le había puesto al borde de la muerte, pero salió curado milagrosamente a los siete días de haber sido desahuciado a raíz de un encuentro incomparable que tuvo con un mendigo joven y enigmático paseando con su padre por la carretera que va de Logrosán a Cañamero. Es uno de los escasos fenómenos paranormales que se conocen de su biografía.



BEX 18684



BEX 12620

Durante la madrugada del 5 de julio de 1893, estando en su pueblo, fue el primero en dar cuenta del cometa 1893 II que llevó su nombre, al menos en prensa. Se adelantó a un astrónomo norteamericano en tres días y a un francés en cuatro. «La astronomía y los cielos me dieron entonces —escribió— lo que me negara la tierra: la dicha inenarrable de un descubrimiento científico».

Sus investigaciones arqueológicas y astronómicas consiguieron un aplazamiento de su incorporación a filas y se dedicó a organizar cuestaciones y rifas a favor de los inválidos que venían de la guerra dentro de la Cruz Roja, de la que llegará a ser nombrado delegado en 1896 como representante de la Cruz Roja en Extremadura; patenta el Kinethorizon, aparato de astronomía popular que le dio en 1894 el premio de oro de la Academia de Inventores de Francia y en España la medalla de Isabel la Católica y la de Carlos III. Forma parte de los iniciadores de la Revista de Extremadura en Cáceres y de la Comisión de Monumentos que darán lugar al Museo provincial y es elegido académico correspondiente en la Real Academia de la Historia; dos años más tarde marchó a París llamado por Armand Colin para redactar la sección humanística del Diccionario Ilustrado de la Lengua Castellana junto con Toro y Gómez. Estos y otros méritos hacen que la Diputación cacereña le conceda la beca para estudios de Ciencias Físico-químicas que culmina felizmente en 1901.

Finalizando el siglo había contraído matrimonio con Trinidad Román, de Miajadas, con quien tendrá dos hijos, Sara, que se casará con Francisco, hijo del geólogo y profesor de Alcuéscar Eduardo Hernández Pacheco, e Ismael.

En 1902 entró en contacto con las doctrinas de Helena Petrovna Blavatsky y, a partir de entonces, se verá arrastrado a la lectura y comentario de sus obras, trasladándose dos años más tarde a Madrid con su familia y afiliándose a la Sociedad Teosófica de Adyar (Madrás, India), fundada en 1875 en Nueva York por la enigmática rusa y el coronel Olcott.

En 1921, junto con otros diez teósofos españoles, fundó la rama «Hesperia», que reinició sus actividades después del franquismo, y la revista del mismo nombre de corta vida. La noche del 8 al 9 de junio de 1918 descubrió la estrella temporaria («nova») aparecida entre las constelaciones del Águila y de la Serpiente. En total, Roso de Luna dio cuenta pública de seis descubrimientos astronómicos, de los que oficialmente solo se le reconoció la prioridad en tres: 1893, 1918 y 1920. Al volver a casa de una cena con discursos en la que intervino, se sentía mal, se acostó y, pasada una semana, el día 8 de noviembre de 1921, fallecía en Madrid bajo los cuidados de su médico y discípulo, el Dr. Eduardo Alfonso. No quiere lágrimas en aquel momento ni luto. Aliviaba la pena de quienes le rodeaban diciendo: «Ningún hombre es imprescindible. No me llores. De una sola manera honraréis mi memoria: ¡Continuad mi obra! ¡Superadla!»



Vineta final y firma de Roso de Luna en la novela "Kultur und liebe" (1923). BEX 3266

Su cuerpo descansa en el cementerio civil de Madrid. Mario Roso de Luna fue un testimonio en su época de libertad de pensamiento y de ilusión por la ciencia, propugnando como proyecto desarrollar la lógica del corazón frente al monopolio positivista de la lógica racional.

La perplejidad y la crisis de este siglo XXI que estamos viviendo hace de su pensamiento y, sobre todo, de su vida una anticipación gozosa y prometedora que nos ha de ser muy útil. Sabio, buscador y poeta, Roso de Luna abrió ayer la senda que hoy para nosotros es presente ineludible. Siempre se quiso, no obstante, ciudadano y como tal ejerció primero en Extremadura y luego en Madrid, enlazando así su propio yo con el mundo y dando pie a un panteísmo del que siempre hizo gala, a una cosmología superior que él, astrónomo perspicaz desde niño, llamará un día Astrobiología, anticipo vitalista y teleológico de la llamada «hipótesis Gaia».

BEX 545



HOGAÑO

Fot. Pavón, Sevilla.